

ETNOPSICOLOGIA EN ANTONIO MACHADO

A raíz del acervo histórico de final de siglo, denominado el Desastre, el concepto de España se hace centro de las preocupaciones literarias de toda una generación. La visión de España, que sus obras nos ofrecen, si bien estimulada por la tragedia militar y pérdida de las colonias de Ultramar, está concebida desde los postulados de la *Völkerpsychologie*, teoría socio-psicológica muy en boga en Europa (particularmente en Alemania) durante los años de su formación y fácilmente detectable en sus primeros escritos¹.

El término *Völkerpsychologie* («etnopsicología», «psicología de los pueblos») data de mediados del s. XIX (1851). Fue introducido por los dióscuros de la lingüística alemana: Moritz Lazarus (1824-1903), filósofo y sociólogo, y Heymann Steinthal (1823-1899), discípulo y continuador de W. v. Humboldt, y «un gran psicólogo lingüista», según Menéndez Pidal². A ellos añade Unamuno el nombre de Waitz, de menor importancia ciertamente.

Esta «nueva disciplina» representa concretamente la aplicación de los métodos científicos de la psicología naturalista al «pueblo» como colectividad social. Su propósito es bien preciso: hallar en las condiciones naturales (geografía, paisaje, clima, medio, raza) una explicación científica a los productos y manifestaciones culturales de los pueblos. Para la etnopsicología todos esos elementos culturales: lengua, literatura, arte, religión, mitología, son esencialmente procesos mentales o expresión de actividades psicológicas, no de un individuo aislado, sino de esa comunidad social «pueblo». Esta

1. A este trabajo de investigación vengo prestando últimamente cierta atención porque veo en la «psicología de los pueblos» una especie de filón explicativo de muchos aspectos de dicha generación, particularmente del concepto de intrahistoria y de otras facetas de su visión de España. Ya Unamuno, en el «Prólogo» a *En torno al casticismo*, alude a la abundante literatura al respecto, suministrando algunos títulos más destacados: el *Idearium español*, de Ganivet; *El problema nacional*, de Macías Picavea; las obras de Costa; *La moral de la derrota*, de Morote; *El alma castellana*, de Azorín; *Hampa*, de Salillas; *Hacia otra España*, de Maeztu, y *Psicología del pueblo español*, de Altamira. Una lista más extensa sobre esta literatura de psicología colectiva la encontramos posteriormente en *Genio de España*, de Giménez Caballero. En mi trabajo «*La Völkerpsychologie y la visión de España en la Generación del 98*», aparecido en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 331 (enero, 1978), 82-101, sugiero y comento algunos de estos escritos directa o indirectamente influenciados por la etnopsicología.

2. MENÉNDEZ PIDAL: *Romancero hispánico*, I (Madrid: 1953), pág. 23.

colectividad es sinónimo de «espontaneidad», y se opone a esa noción de *cultura* representante de relaciones universales que borran peculiaridades y fronteras. Esto explica el ambiente de primitivismo, de psicología arqueológica, de prehistoria, que predomina en los estudios de la *Völkerpsychologie*, y ese constante acudir al pasado en busca de elementos puros que nos revelen la genuina alma nacional³.

Ya desde antiguo abundan intentos de caracterización nacional apoyados en el *medio*. En España, el doctor Juan de Huarte es un vivo ejemplo para Unamuno⁴. Pero es en el s. XIX cuando esas corrientes psicologistas se incrementan considerablemente al ser consagrada la psicología como ciencia social. John Lubbock y Taylor, en Inglaterra, y Gobineau y Taine, en Francia, pudieran encabezar una gran lista. Lo nuevo de la psicología de los pueblos es haber utilizado, con categoría de ciencia, esos factores naturales (paisaje, clima, raza) y la historia en su sentido pasivo, tradicional, de sustrato, acumulación de hechos, muestrario remanente del pasado, testimonio perenne del alma nacional. A la luz de estos presupuestos, muchos poemas de Antonio Machado, particularmente *Campos de Castilla*, ofrecen una nueva perspectiva.

Conocido es el antagonismo surgido entre la generación del 98 y el Modernismo. Antonio Machado pronto abandona «los afeites de la nueva estética» para unirse a Unamuno, Maeztu y Baroja en esta campaña antimodernista. Entre las creaciones de su nueva trayectoria poética hay que incluir muchos poemas de *Campos de Castilla* (1912).

Desde los principios se muestra don Miguel reacio al «arabesco musical» de la escuela rubeniana. En carta a Ricardo Rojas habla, despectivo, de las «caramilladas artificiosas del nicaragüense». Sus versos le parecen terriblemente prosaicos, sin pasión ni calor, puras virtuosidades y tecnerías. Y todo por la odiosa manía de la rima rica⁵. Su odio a Zorrilla, al «ruiseñor gentil», radica en lo mismo, en que la sonoridad de sus versos, «sus gorjeos no creaban nada, no eran poesía. Y no más que música de tamboril»⁶.

Para el interiorista Unamuno la ley de toda poesía ha de ser la pasión, no la estética artificiosa, ya que todo lo muy artístico es poco poético. Su indiferencia —y hasta hostilidad— por la literatura francesa radica precisamente en eso, en que «le falta pasión». La palabra «poeta» puede ser un término peli-groso; puede confundirse con «versificador», con «artista profesional». Y la

3. MILA Y FONTANALS, en *De la poesía heroico-popular castellana* (1874); MENÉNDEZ PIDAL, en *L'Épopée castillane* (1910), y en *Romancero hispánico* (1953), y el mismo STEINTHAL, en sus estudios sobre la lírica popular italiana —tan admirados por MENÉNDEZ PIDAL— son vivos ejemplos de esta tendencia y culto popular.

4. MIGUEL DE UNAMUNO: *Obras completas*, IV (Madrid: Escélicer, 1966), p. 155.

5. RICARDO ROJAS: *Retablo español* (Buenos Aires: Losada), pp. 330-31. Citado por DIAZ-PLAJA: *Modernismo frente a noventa y ocho* (Madrid: Espasa-Calpe, 1966), p. 156.

6. Ver JOSÉ ZORRILLA: *Don Juan Tenorio*. Edición de Aniano Peña (Madrid: Cátedra, 1979), 4.ª ed. (1983), p. 38.

abundancia de estos pseudopoetas es enorme en España y más aún en América. Contra este escuadrón de profesionales de ritmo y rima se levanta violento en el «Ensayo preliminar» de *Vida de Don Quijote y Sancho*, para echarles en cara que no son poetas y que debe cortárseles el paso en su marcha hacia el sepulcro del Caballero de la fe. «Si alguno intenta durante la marcha», escribe, «tocar el pífano o dulzaina o caramillo o vihuela o lo que fuere, rómpete el instrumento y échale de filas, porque estorba a los demás oír el canto de la estrella» (III, 56). Estos artistas impecables no pueden formar parte del batallón de los libres cruzados.

Su campaña antimodernista se intensifica considerablemente por los años 1907 y 1908, a juzgar por la abundancia de artículos donde el filólogo vasco fustiga los vicios modernistas con una serie interminable de términos castellanos bien gráficos. Detrás de estos ataques hay una poderosa razón social para Unamuno: el «turriemburnismo» literario es disociativo, aleja al poeta del pueblo, de los problemas humanos, del auténtico patriotismo. El poeta tiene una sagrada misión social. Así lo expresa en uno de sus «Soliloquios»: «es que ese tú de escritor es algo que es de todos, es que estás en medio de la calle recibiendo las voces de todos y devolviéndoselas. Serías no un egoísta, sino un egoísta miserable, si te encerraras en la torre de marfil, lejos de tus prójimos, a labrar allí día tras día un joyel cualquiera de filigranas» (III, 401).

El joven Ortega, en 1906, lanza acusaciones parecidas, aunque en tono menor, contra los poetas contemporáneos, quienes, como el pavo real en la cola, ponen el centro de gravedad de la poesía en la musicalidad de la palabra. «El arte es una subrogación de la vida», afirma⁷. En la fontana de la poesía han de saltar las corrientes hondas y poderosas, oriundas de las extremas necesidades humanas, esas «realidades perennes»; es decir, ansias, problemas, pasiones cardinales del universo. Esa ha de ser la misión social del poeta. De lo contrario, insiste nuestro pensador (cuyo centenario estamos honrando), «si no estás sumido en las grandes corrientes de subsuelo que enlazan y animan todos los seres, si no te preocupan las magnas angustias de la humanidad, a despecho de tus lindos versos a unas manos que son blancas, a unos jardines que se mueren por el amor de una rosa, a una tristeza menuda que te corretea como un ratón por el pecho, no eres poeta, eres un filisteo del clamor de la luna» (I, 51).

Un mar de amargura ha inundado a España, sumiéndola en un hondo dolor y pesimismo. «Dentro de esta amargura étnica», concluye Ortega, «han permanecido los poetas como las "madreperlas"... que viven en medio del mar sin que entre en ellas una sola gota de agua marina» (I, 52). Para esta literatura de decadencia, para estos filisteos del arte, para estos poetas narcisistas, que se desentienden de todos los intereses humanos y nacionales, sólo

7. JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *Obras completas*, I (Madrid: Revista de Occidente, 1967), p. 50.

hay una respuesta, según Ortega: «la crítica bárbara... la que aparta a un lado todo preciosismo y demanda al artista el secreto de las energías humanas que guarda el arte dentro de sus místicos arcades» (I, 48).

Por estas mismas fechas en que escriben Unamuno y Ortega, un paladín más se une a esta campaña antimodernista. Es, como hemos anticipado, el joven Machado después de su dos años de estancia en París (1899-1901).

En la nación vecina nuestro poeta estuvo en contacto con los simbolistas franceses, especialmente con Verlaine. Juan Ramón Jiménez nos informa de esta devoción literaria al recordarnos cómo Machado se sabía de memoria muchos poemas del francés, y los recitaba con frecuencia. Igualmente, al hablar del Machado «modernista» se menciona su admiración por Rubén Darío, que don Juan Ramón varias veces testifica, admiración que él confiesa en el «Prólogo» a *Soledades*, de 1917. Pero este Machado «supuestamente» modernista —y digo «supuestamente» porque aún en su primera poesía se vislumbran elementos interiores que no son juegos formales solamente—, por el año 1904 mantiene correspondencia con su «venerable maestro» Unamuno, manifestando ya un deseo de tener una voz sincera en su poesía: «Yo veo la poesía», le escribe, «como un yunque de constante actividad espiritual, no como un taller de formas dogmáticas revestidas de imágenes más o menos brillantes» (Unamuno, I, 1156). Y reconoce que gracias a los golpes de maza del Rector de Salamanca, se ha roto la espesa costra de la vanidad y somnolencia de muchos, y él mismo ha conseguido saltar fuera de la tapia de su corral y huerto para dedicar su esfuerzo a una obra más social y humana. El encerramiento en la torre de marfil es forjarse una vida estéril para los demás. No es esa «simpatía», ese sentir con los demás a que más tarde aludirá Jorge Meneses: «Un corazón solitario», dice citando a Pero Grullo, «no es corazón». Hay que sentir al unísono con todos. De este diálogo con Unamuno se explica que Machado intentara una poesía social que respondiera a las exigencias del maestro. Fruto de este intento es *Campos de Castilla*, de 1912, poemas en búsqueda de lo «esencial castellano», del alma nacional, a través del paisaje y paisanaje castellanos, fundidos entrañablemente.

No es exagerada la tesis de algunos críticos de que la generación del 98 «inventó», «descubrió» el paisaje para la literatura española. Lain Entralgo dedica al tema gran espacio de su libro⁸. Siguiendo los postulados de la psicología de los pueblos encuentran en la tierra, bajo figura de paisaje, un papel esencial en la conformación del carácter nacional.

En el ensayo *En torno al casticismo*, Unamuno dedica el Capítulo II a Castilla, viendo en ella la forjadora de la nación. Y describe su paisaje mono-teístico, ancho e infinito, la *meseta*, páramo monótono y uniforme. Allí vive

8. PEDRO LAIN-ENTRALGO: *La generación del noventa y ocho* (Madrid: Austral, 1959).

una casta de compleción seca, dura y sarmentosa, tostada por el sol y curtida por los fríos, una casta sobria, producto de la tierra. La tesis unamuniana radica en esas dos palabras constantemente conjugadas en busca de lo intrahistórico: «paisaje» y «paisanaje»: «Muy cierto que la comarca hace a la casta, el paisaje —y el celaje con él— al paisanaje» (I, 432).

En *Campos de Castilla* el paisaje se convierte en elemento primordial de la poesía machadiana. Por primera vez, afirma Aurora de Albornoz, vive y siente ese trozo castellano de la región de Soria⁹, «tierras altas y frías», «alto llano», con sus roquedas, alcores, serrijones y colinas, algo distinta de la vasta planicie donde le toca vivir a Unamuno. Ambos poetas describen, sí, la Castilla concreta donde viven, pero para ambos el trozo que contemplan adquiere un valor simbólico de «corazón de España», en ese buceo por lo castizo, por el alma colectiva, propio de la psicología de los pueblos.

Ya los citados Lain Entralgo y Aurora de Albornoz, sobre todo, han detallado la visión soriana de Machado. El poeta se entretiene en la realidad misma de la tierra con pinceladas de sensorialidad impresionista. Así en «Campos de Soria»:

¡Colinas plateadas,
grises alcores, cárdenas roquedas
por donde traza el Duero
su curva de ballesta
en torno a Soria!¹⁰

En «Orillas del Duero» el paisaje se torna duro y severo, muy lejos del bíblico jardín:

Y otra vez roca y roca, pedregales
desnudos y pelados serrijones,
la tierra de las águilas caudales,
malezas y jarales,
hierbas monteses, zarzas y cambrones (p. 143).

Junto a esa elemental percepción paisajística hay que ver la emoción que esa tierra causa en la intimidad del poeta. Esa tierra castellana, ese rincón soriano es para Machado un gran camposanto, El Espino, donde yace frío el cuerpo de una mujer, lleno de resonancias emocionales.

Si del paisaje pasamos al paisanaje, don Antonio tiene, a veces, versos duros para describir al campesino habitante de esos páramos altocastellanos. Esta crítica del hombre de la tierra es particularmente severa en sus pri-

9. AURORA DE ALBORNOZ: *La presencia de Miguel de Unamuno en Antonio Machado* (Madrid: Gredos, 1968), p. 143.

10. ANTONIO MACHADO: *Obras* (Buenos Aires: Losada, 1973), p. 160.

meros poemas, debido, quizá, a su primer contacto directo con el labriego soriano, tan en contraste con el señoritismo andaluz y de la Corte. También aquí los postulados de la *Völkerpsychologie* le llevan a ver al hombre como producto de la tierra. Hijo de una raza fuerte y dura, y de un suelo ingrato y árido, sus rasgos físicos son bien definidos. Su moralidad, recelosa. Así leemos en «Por tierras de España»:

Abunda el hombre malo del campo y de la aldea,
capaz de inmensos vicios y crímenes bestiales,
que bajo el pardo sayo esconde un alma fea,
esclava de los siete pecados capitales (p. 139).

Uno de los vicios, uno de estos pecados capitales, el más obsesivo, sin duda, en *Campos de Castilla*, es la envidia, que alimentada por la codicia, lleva a esos crímenes bestiales, como el parricidio y fratricidio perpetrados en «La tierra de Alvargonzález». Los vislumbra ya en el poema citado «Por tierras de España»:

Veréis llanuras bélicas y páramos de asceta
—no fue por estos campos el bíblico jardín—;
son tierras para el águila, un trozo de planeta
por donde cruza errante la sombra de Caín (p. 139).

Es el cainismo castellano, tan aireado por Unamuno y otros miembros de la generación: «Mucha sangre de Caín / tiene la gente labriega» (pp. 162-63). La única solución posible contra este determinismo fatalista, que causa la fusión de tierra y hombre, es la emigración, el abandono de esos páramos malditos, hacia una tierra menos ingrata y más generosa. Esta crítica machadiana del campesino soriano sufre un debilitamiento posterior. Termina con una especie de comprensión, de cariño y hasta de identificación del poeta con él. De los áridos campos sorianos escribe:

Hoy siento por vosotros, en el fondo
del corazón, tristeza,
tristeza que es amor.
... ..
conmigo vais, mi corazón os lleva.
... ..
¡Oh, sí, conmigo vais, campos de Soria,
... ..
me habéis llegado al alma!
¿O acaso estabais en el fondo de ella?
¡Gente del alto llano numantino
que a Dios guardáis como cristianas viejas,
que el sol de España os llene
de alegría, de luz y de riqueza! (pp. 160-61).

Ya en el tren, camino de su tierra andaluza, camino de Baeza, Machado escribe «Recuerdos». Los frescos naranjales, los viñedos y olivares, le evocan el «Urbión entre pinares», el «Moncayo blanco», el «Duero con su curva de ballesta». Es un nostálgico adiós a Castilla:

¡Adiós, tierra de Soria...!

... ..

En la desesperanza y en la melancolía
de tu recuerdo, Soria, mi corazón se abreva.
Tierra de alma, toda, hacia la tierra mía,
por los floridos valles, mi corazón te lleva (p. 187).

En Baeza los recuerdos alternan con los sueños. Aunque se reconoce andaluz y siente evocaciones de su infancia, su arraigada fusión con aquel trozo castellano le hace decir:

En estos campos de la tierra mía,
y extranjero en los campos de mi tierra,
... ..
en estos campos de mi Andalucía (p. 192).

Y se siente eso, solo, extranjero, descentrado, ante la imposibilidad de asimilarse a otro paisaje:

Por estos campos de la tierra mía,
bordados de olivares polvorientos,
voy caminando solo,
triste, cansado, pensativo y viejo (p. 190).

Y pregunta a su amigo José María Palacio si está vistiendo ya la primavera las estepas del alto Duero. Y le ruega, en fin, que con los primeros lirios y rosas, suba al «alto Espino donde está su tierra» (p. 194).

Este regionalismo machadiano no pierde de vista el ámbito verdaderamente poético. «La tierra de Alvargonzález» es un ejemplo. Este poema épico-descriptivo es un romance de una leyenda local, pero su ámbito supera el localismo cantando lo intrahistórico, lo eterno humano, lo «elemental humano». De aquí que este poema, emanado no de las heroicas gestas, sino del pueblo y de la tierra que lo compusieron y cantaron, poéticamente sobrepasa esa tierra y el pueblo para enmarcarse en mitos bíblicos, el mito de Jacob, que prefiere a sus hijos menores, y el mito de Caín, que mata a su hermano por envidia. El hecho de conectar las historias locales con la Biblia (con el Génesis en el caso) hace que las pasiones locales se conviertan en un ejemplo más de pasiones universales, los «universales del sentimiento», esencia de esa poesía machadiana, «eternización de momentaneidad».

Un último aspecto de *Campos de Castilla* quisiera mencionar: se trata del «tradicionalismo» que emanan algunos de sus poemas del ciclo Baeza, aspecto esencial también de la etnopsicología. La visión de las dos «Españas» hace que Machado busque una tradición de auténtica cepa hispana, intrahistórica, en esta Castilla del Cid, de don Quijote y de los místicos; no en la histórica «España de charanga y pandereta» (p. 210). A «esta España inferior que ora y bosteza, / vieja y tahúr, zaragatera y triste» (p. 211) pertenecen esas frutas vanas o podridas, como el «hombre del casino provinciano», toreros, tahúres, bandoleros, matones, galanes, donjuanes y señoritos, personificados todos en esa estampa del «caballero andaluz», el don Guido de las Coplas. De la España del señoritismo, de la España «oficial», de la España de hoy, «pobre, escuálida y beoda» (p. 236) no podemos esperar ese futuro soñado por los del 98, sino un mañana efímero y vacío. Pero Machado (como Unamuno y otros) cree en la juventud, y vislumbra esperanzador el renacimiento de esa «España implacable y redentora». Es «la España del cincel y de la maza», una España trabajadora, que alborea en los brazos de «esa eterna juventud que se hace / del pasado macizo de la raza» (p. 211); es decir, de las mismas entrañas intrahistóricas, del eterno pasado. La joven España soñada llegará, pues, a ser realidad cuando esa «juventud más joven» descubra en el pasado de la raza, en el hombre ibero de la recia mano, brote castizo de la casta hispana, a la España auténtica, una España de cinceles, martillos, yunques y mazas. A esa España pertenecen sólo las figuras que sueñen el nuevo porvenir y florecer patrio, como Giner, que enseñen al pueblo a buscarse y encontrarse, como Unamuno «predilecto / de esta España que se agita», que edifiquen una importante obra intelectual, como ese joven dilecto de Sofía, arquitecto, el Ortega y Gasset de *meditaciones del Quijote*, «meditador de otro Escorial sombrío» (p. 230). A estas voces salvadoras de la España que muere y bosteza quiere Machado atraer al amigo Azorín, promesa viva:

¡Oh, tú, Azorín, escucha: España quiere
surgir, brotar, toda una España empieza!
¿Y ha de helarse en la España que se muere?
¿Ha de ahogarse en la España que bosteza?
Para salvar la nueva epifanía
hay que acudir, ya es hora,
con el hacha y el fuego al nuevo día,
oye cantar los gallos de la aurora (p. 235).

La psicología de los pueblos, que tanto influyó en visiones de España —como la ofrecida por Machado en *Campos de Castilla*— pierde vigor entrado el s. xx al establecerse otro concepto de sociología sobre bases diferentes: producción, clases sociales y economía (marxismo), conducta, etc. Ortega, por su parte, en su campaña contra la generación anterior y contra la barbarie nacional, establecerá un nuevo concepto de europeización (Europa no será ya «espíritu europeo», sino «ciencia»), propagará un nuevo sentido de *cultura*,

opuesto al popularismo de Costa y de otros partidarios de la etnopsicología, y se declarará abiertamente «enemigo de esas presuntas psicologías de los pueblos»¹¹, como escribe al dirigirse al Sr. Cejador. El *Volksgeist*, insiste, «el espíritu popular no existe más que en los libros de una filosofía superada, supuesto que fuera alguna vez bien entendido» (I, 169). Por otra parte, la nueva historiografía (Dilthey, Ortega, Américo Castro), con su concepción futurista, dinámica y vitalista del agente histórico, pasará por alto la naturaleza y el pasado, elementos conformadores de nacionalidades, según la psicología de los pueblos. El mito del «eterno español» (Menéndez Pidal), la estratificación de su genérica caracterización (la intrahistoria de Unamuno), el relativismo de su psicología, nos llevarían, en términos de don Américo, a una «congelación» de la vida española, a una «fatalización de su historia».

La *Völkerpsychologie* ha quedado, pues, reducida a pura metáfora de poetas o a retórica interesada de fascismos modernos, de nacionalismos y regionalismos extremistas, es decir, a palabra vacía, sí, de contenido científico conformador de pueblos y naciones, pero todavía con un poder electrificador de masas y facciones en un sentido puramente moral.

ANIANO PEÑA

Mary Washington College
Fredericksburg, Virginia 22401

11. ORTEGA Y GASSET: *Obras completas*, I, 165.